
¿Qué es la teoría feminista?*

Elizabeth Gross

Si seguimos hablando lo mismo, si nos hablamos como los hombres han hablado durante siglos, como nos han enseñado a hablar, nos fallaremos. Una vez más... las palabras pasarán a través de nuestros cuerpos, por arriba de nuestras cabezas, desaparecerán, nos harán desaparecer (Irigaray, 1980:69).

En la década de 1960, las feministas empezaron a cuestionar diversas imágenes, representaciones, ideas y suposiciones desarrolladas por las teorías tradicionales respecto de las mujeres y lo femenino. En primer lugar las feministas dirigieron su atención teórica a los discursos patriarcales, tanto a los que eran abiertamente hostiles y agresivos contra las mujeres y lo femenino, como los que no tenían nada que decir al respecto. Las feministas parecían muy interesadas en la inclusión de las mujeres en los campos de los que se les había excluido, es decir, en la creación de representaciones que permitirían considerar a las mujeres como *iguales* a los hombres. En lugar de ser ignoradas y excluidas por la teoría, las mujeres debían ser *incluidas* como posibles objetos de investigación. Los asuntos de relevancia directa en la vida de las mujeres —la familia, la sexualidad, la esfera “privada” o doméstica, las relaciones interpersonales— debían incluirse, en algunos casos por vez primera, como un objeto relevante y digno de interés intelectual. En general, las feministas seguían dependiendo de los métodos, técnicas, conceptos y estructuras de las teorías patriarcales tradicionales, sobre todo en su forma izquierdista o radical, y los utilizaban para dar cuenta de la opresión de las mujeres. Algunos de los nombres relevantes que circulaban en los discursos feministas en esa época incluían a Marx, Reich, Marcuse, McLuhan, Laing, Cooper, Sartre,

* Este es un capítulo de *Feminist Challenges. Social and Political Theory*. Eds. Carole Pateman y Elizabeth Gross, Northeastern University Press, Boston, 1986.

Fanon, Masters y Johnson. Las mujeres usaban estos textos en sus intentos de incluir a las mujeres como iguales a los hombres en el campo del análisis teórico, lo cual se derivaba de diversas teorías de la opresión (clasista o racial), modificando y ajustando sus detalles para dar cuenta de la opresión específica de las mujeres.

Entre los rasgos o características relevantes que describen esta fase en el desarrollo de la teoría feminista, podría señalarse lo siguiente:

1. Las mujeres y lo femenino se convierten en objetos dignos de la teoría y la investigación. Dado que fueron ignoradas o que se les negó su valor en términos patriarcales, las mujeres se convierten en puntos focales de la investigación empírica y teórica.

2. Las mujeres y lo femenino, en tanto que objetos excluidos o ignorados en términos teóricos tradicionales, ahora se conceptualizan como iguales a los hombres, como lo mismo que los hombres en términos socioeconómicos e intelectuales relevantes.

3. Si bien se critican algunos elementos o componentes de los discursos patriarcales, no se cuestiona la estructura y las suposiciones fundamentales, ya sean ontológicas, epistemológicas o políticas.

4. Si bien la teoría feminista es crítica respecto de la actitud de los discursos patriarcales ante la postura de las mujeres, se ocupa mucho de los "asuntos de mujeres", los que afectan directamente la vida de las mujeres, sin criticar otros asuntos "más amplios" o "más públicos".

5. Los discursos patriarcales fueron sometidos a una decisión entre opciones mutuamente excluyentes: o bien se consideraban totalmente infiltrados con valores patriarcales y, por lo tanto, debían rechazarse, o bien son susceptibles de "rectificación", de modo que ahora puedan incluir a las mujeres. En otras palabras, los discursos patriarcales o bien se rechazaban por completo o bien se aceptaban más o menos íntegros (con "ajustes menores").

Sin embargo, en poco tiempo quedó claro que el objetivo de incluir a las mujeres como iguales a los hombres dentro de la teoría patriarcal contenía varios problemas que no se habían previsto. Tal vez lo más notable es que cada vez fue más claro que no era posible simplemente incluir a las mujeres en esas teorías de las que antes habían quedado excluidas, ya que esa exclusión es un principio estructurador fundamental y una presuposición clave de los discursos patriarcales. Muchos discursos patriarcales *no podían* ampliarse

o extenderse para incluir a las mujeres, sin sufrir trastornos y transformaciones muy importantes. No había espacio dentro de los límites de estos discursos para acomodar la inclusión y participación equitativa de las mujeres. Además, aun si se incorporara a las mujeres en los discursos patriarcales, en el mejor de los casos sólo se les consideraría como variaciones de una humanidad básica. El proyecto de la inclusión equitativa de las mujeres significaba que sólo podría analizarse la *igualdad con los hombres* de las mujeres, sólo la *humanidad* de las mujeres y no su *especificidad como mujeres*. Por otra parte, mientras que ahora se podía incluir a las mujeres como objetos de especulación teórica, no se planteaba su posición como sujetos o productoras de conocimiento. En otras palabras, al adoptar el papel de sujetos (masculinos) de conocimiento, las mujeres empezaron a asumir el papel de hombres vicarios.

Como sujetos de conocimiento, las mujeres se enfrentaban a un dilema. Podían permanecer desligadas de los "objetos" de sus investigaciones teóricas (en que estos objetos son las mujeres o la feminidad), en cuyo caso podría considerarse que las mujeres mantienen su "objetividad" y "neutralidad"; o bien las mujeres podían mantener una cercanía y una identificación con sus "objetos". En el primer caso, tales mujeres, aunque conseguían la aprobación de sus colegas masculinos y posiblemente una posición respetable dentro de las comunidades académicas, debían desconocer su posición como mujeres. En el segundo caso, mediante su autoinclusión dentro de la categoría de los objetos investigados, muchas mujeres pierden la distancia necesaria para que se les considere "científicas" u "objetivas", lo cual tal vez resultara en el ridículo o alguna forma de posición académica secundaria. Pero estas mujeres, a través de los riesgos que toman al cuestionar las suposiciones más generales y los *datos* de la indagación intelectual, conservan alguna posibilidad de mantener su identidad en tanto que mujeres. A largo plazo, esto puede haber llevado a cuestionar el uso y el valor de la distinción entre sujeto y objeto, transformando las bases mismas de las discusiones actuales.

Al abandonar tales intentos de incluir a las mujeres donde las excluía la teoría, muchas feministas se dieron cuenta de que el proyecto de la inclusión de las mujeres como iguales a los hombres no tendría éxito. Esto se debía a que no era simplemente la gama y

extensión de los objetos lo que requería una transformación; de manera más profunda, y más amenazadora, debían cuestionarse seriamente las preguntas que se planteaban y los métodos usados para contestarlas, las suposiciones básicas acerca de la metodología y los criterios de validez y méritos. Los compromisos políticos, ontológicos y epistemológicos que subyacen en los discursos patriarcales, así como sus contenidos teóricos, requerían una revaloración desde perspectivas feministas, a medida que se aclaraba que las mujeres sólo podrían ser incluidas en los textos patriarcales como duplicados o desviaciones de los hombres: las suposiciones *a priori* de igualdad e intercambiabilidad, neutralidad o indiferencia sexual, la ignorancia total de las especificidades y diferencias de las mujeres, no podían acomodarse en términos teóricos tradicionales. Era necesario sacudir todo el apuntalamiento social, político, científico y metafísico de los sistemas teóricos patriarcales.

Aunque es problemática y finalmente imposible, aspirar a una igualdad entre hombres y mujeres, no obstante, fue política e históricamente necesario. Sin esos intentos, las mujeres no podrían cuestionar la naturalidad o aparente inevitabilidad de la posición de segunda clase de las mujeres como ciudadanas, sujetos, seres sexuales, etc. Este objetivo de igualdad sirvió como un requisito político y tal vez experimental para las luchas más amplias dirigidas hacia la *autonomía* femenina, es decir, el derecho de las mujeres a la autodeterminación política, social, económica e intelectual. Tal vez éste sea el cambio más notable en la política feminista desde su renacimiento en la década de 1960.

El cambio básico de una política de igualdad a una política de autonomía puede haber creado una tensión incómoda dentro de los círculos feministas, ya que estos dos compromisos no necesariamente son compatibles. La autonomía implica el derecho de considerarse en los términos que uno quiera, lo cual puede o no implicar una integración o alianza con otros grupos e individuos. Por otra parte, la igualdad implica una medida que esté de acuerdo con una norma determinada (*cf.* Thornton, Thompson, Gatens). La igualdad es la equivalencia de dos (o más) términos, uno de los cuales cumple la función de norma o modelo de manera incuestionable. Al contrario, la autonomía implica el derecho de aceptar o rechazar tales normas o modelos de acuerdo con su capacidad de adecuarse a la autodefinición

que se elija. Las luchas por la igualdad —tan convincentemente criticadas en muchos ensayos de este libro— implican una aceptación de normas determinadas y una conformidad respecto de sus expectativas y requisitos. Las luchas por la autonomía, por su parte, implican el derecho de rechazar tales normas y crear otras nuevas.

Aunque parezca irónico, las feministas interesadas en las cuestiones que tienen que ver con la autonomía y la autodeterminación de las mujeres no dejan de interesarse por el trabajo sobre la teoría masculina o masculinista de sus contrapartes orientadas hacia la igualdad, aunque los nombres propios masculinos hayan cambiado significativamente durante los veinte años de la existencia del feminismo como una intervención política consciente en la teoría. Los nombres de Freud, Lacan, Nietzsche, Derrida, Deleuze, Althusser, Foucault en Francia, y Richard Rorty, Anthony Wilden, Frederic Jameson, Stephen Heath, Terry Eagleton, Paul de Man, etc. en Inglaterra y Estados Unidos constituyen sólo algunos de los “nombres” con los que se ha involucrado la teoría feminista contemporánea. Pero lo que ha cambiado radicalmente es la actitud feminista ante los discursos patriarcales y su uso. En lugar de que estos discursos y sus métodos y suposiciones proporcionen herramientas y estructuras no criticadas con los que las mujeres se analizaban como objetos, ahora estos discursos se convierten en objetos del escrutinio crítico feminista. Tales discursos y métodos ahora se *utilizan de modo táctico* sin mantener necesariamente el compromiso general con sus estructuras y suposiciones. Las feministas no parecen tan dispuestas a encasillar a las mujeres en categorías y espacios teóricos patriarcales preexistentes; más bien, la vida y experiencias de las mujeres proporcionan los criterios con los que se juzgan los textos patriarcales. Las suposiciones básicas inexpresadas de las teorías patriarcales, las maneras en que desarrollan y adquieren importancia, su uso de criterios y métodos de inclusión y exclusión ahora empiezan a analizarse desde perspectivas feministas (por ejemplo, Harding y Hintikka; Finn y Miles). Las mujeres se reafirmaron no como objetos sino como sujetos del conocimiento, con perspectivas y puntos de vista específicos que con frecuencia difieren sistemáticamente de los de los hombres. Tales perspectivas o puntos de vista no son simplemente “subjetivos” en el sentido de posiciones individuales, personales o idiosincráticas; la “subjetividad” suele

considerarse como una *interferencia* en los procedimientos “objetivos” del conocimiento, de la misma manera en que las producciones teóricas de los hombres se dan en función de sus posiciones vividas en el mundo. La producción del discurso se está examinando, por primera vez, como un proceso de exclusión y *división sexual*. Las feministas de la autonomía pueden compararse con las feministas comprometidas en luchas por la igualdad por lo menos en los siguientes aspectos:

1. Las mujeres se convierten en sujetos así como en objetos del conocimiento; pero, al ocupar la posición de sujeto, las feministas no siguen produciendo el conocimiento como si fuesen hombres, como si el conocimiento fuese sexualmente indiferente. La feminidad de las mujeres se reafirma como una tarea teórica con varias consecuencias, entre ellas:

2. Al asumir la posición de persona conocedora o de sujeto, se cuestionan los métodos, procedimientos, suposiciones y técnicas de la teoría.

3. Las feministas desarrollan perspectivas no sólo *sobre* o *acerca de* las mujeres y los “asuntos de mujeres” sino acerca de *cualquier* objeto, incluidas otras teorías, sistemas de representación, etc., etc.

4. Las feministas no afirman simplemente las opciones mutuamente excluyentes, basadas en “expulsar” elementos patriarcales “erróneos” o en adoptar puntos de vista teóricos al mayoreo. Más bien, al intentar “introducirse en” los textos patriarcales, comprender cómo funcionan y cómo ejercen su dominación, las feministas intentan utilizar lo que pueden de esas teorías... ¡con frecuencia contra ellas mismas! Ahora ya no condenan o aceptan simplemente ciertos discursos, sino que los analizan, examinan y cuestionan: se les involucra y desafía activamente en sus operaciones.

5. La teoría feminista desafiaba tanto el contenido como las estructuras de los discursos, disciplinas e instituciones, intentando presentar alternativas o desarrollarlas donde aún no existían.

Estas intervenciones e interrogaciones pueden haber producido uno de los desafíos más subversivos que la teoría patriarcal haya conocido en este siglo o esta época: “Es un acontecimiento histórico fundamental que contiene la promesa de permitir un desafío más completo a la dominación de lo que antes había sido posible” (Finn y Miles, 1982:10).

En las distintas disciplinas que constituyen las ciencias sociales y las humanidades, en que la mayoría de las teóricas feministas han recibido su entrenamiento, muchas maduraron a partir de una posición parecida a la de aprendiz (en que las mujeres aprendían las técnicas de las formas [masculinas] predominantes de estudio e investigación) hasta una posición de autodeterminación relativa (en que las mujeres pueden usar las técnicas y habilidades que han adquirido contra las mismas disciplinas en que fueron entrenadas). Estas disciplinas, y los textos y prácticas específicos asociados con ellas, se han convertido en objetos del análisis y la crítica feministas. La teoría, más que la "Mujer", es ahora el terreno de controversia entre feministas y no feministas o antifeministas.

Las luchas feministas por la autonomía, la autodeterminación y un lugar viable que las mujeres puedan ocupar en tanto que mujeres en el universo teórico y sociopolítico —como puede verse en los distintos ensayos que aquí se presentan— se han desarrollado en una forma con dos puntas o dos facetas. Por una parte, la teoría feminista ha cuestionado radicalmente e intentado minar las suposiciones, los métodos y las estructuras de disciplinas y discursos falocéntricos o patriarcales. Por otra parte, la teoría feminista simultáneamente ha intentado explorar y desarrollar alternativas a estos sistemas falocéntricos, creando perspectivas femeninas nuevas, hasta ahora inexpresadas, respecto del mundo. En otras palabras, ahora la teoría feminista está involucrada en un proyecto *antisexista* que implica desafiar y desconstruir discursos falocéntricos, así como en un proyecto positivo de construir y desarrollar otros modelos, métodos, procedimientos, discursos, etc.

El proyecto antisexista implica claramente un conocimiento minucioso y una familiaridad con los paradigmas teóricos predominantes y sus historias. Tal tarea significa trabajo, comprensión y reflexión respecto de los sistemas teóricos que incluyen la historia de las mujeres y su situación actual, y que participan en la opresión de las mujeres. Pero el antisexismo es en gran parte negativo y reactivo, y tiene la meta de desafiar lo que existe en la actualidad, lo que ahora es dominante y responsable de la posición falocéntrica de las mujeres en la representación teórica. Este proyecto crítico y reactivo es necesario si la teoría feminista pretende evitar los peligros intelectuales de la abstracción, la idealización o la irrelevancia.

Corre el riesgo de proyectar un futuro ideal o utópico para las mujeres, que no está anclado ni relacionado con lo que existe aquí y ahora. Corre el riesgo de una serie de compromisos que, tras una reflexión, preferiría rechazar. Corre el riesgo de repetir problemas del pasado sin reconocer que son problemas o sin aprender de ellos. El proyecto crítico antisexista se dirige contra los métodos, suposiciones y procedimientos mediante los cuales los discursos patriarcales reducen a las mujeres a una dependencia necesaria de los hombres y también contra las expresiones estructurales más insidiosas de la misoginia, que, en lugar de hacer pronunciamientos sexistas acerca de las mujeres, presentan perspectivas del mundo desde un punto de vista masculino como si tal posición fuese sexualmente neutral.

Sin embargo, si la teoría feminista permanece como una *simple* reacción, una *mera* crítica, entonces paradójicamente afirma los mismos paradigmas que procura combatir. Permanece sobre las mismas bases que pretende cuestionar y transformar. Criticar los sistemas teóricos predominantes *sin plantear alternativas viables* es afirmar que esos sistemas teóricos son necesarios. Aunque la teoría feminista debe mantener una familiaridad con esos sistemas, también debe establecer una distancia teórica respecto de una adherencia demasiado estrecha a ellos. Si la teoría feminista no se extiende más allá de los términos del antisexismo, quedará ligada a una política de identidad o igualdad, aun cuando la critique. La meta limitada, pero estratégicamente necesaria, de desestabilizar y dismantelar los discursos patriarcales sólo es la primera etapa o requisito para un desafío más global y amenazador al dominio patriarcal: la lucha por la autonomía, que implica la lucha por el derecho a paradigmas y herramientas teóricas diferentes y tal vez también una reconceptualización de todo el sistema de conocimientos y métodos teóricos aceptables.

Junto al proyecto antisexista, pues, el feminismo también debe involucrarse en la tarea positiva de experimentar y crear alternativas a las normas teóricas patriarcales. La teoría feminista ya no puede conformarse con adaptar las teorías patriarcales de modo que sean capaces de analizar a la mujer, lo cual en sí es una tarea falocéntrica, dado que reduce a las mujeres a teorías y categorías adecuadas a puntos de vista masculinos y desarrolladas a partir de éstos. Los componentes positivos cuestionan y desplazan los fundamentos mismos en que se basan las teorías tradicionales.

No puede especificarse por adelantado lo que incluiría una teoría feminista autónoma, ya que esto contradice el concepto mismo de autonomía, el derecho a que una misma elija y defina el mundo. En su diversidad y multiplicidad, las mujeres exigen el derecho a definir sus propios objetivos y metas. Aunque no pueda especificarse con el uso de uno o muchos modelos, la teoría feminista puede, sin embargo, delimitarse negativamente, ya que parece claro que hay muchas suposiciones teóricas que no querría reproducir. Por ejemplo, no puede considerarse como el reverso o lo opuesto de los textos patriarcales, transformando sus objetos y no sus suposiciones subyacentes. Al contrario, intenta ir más allá de éstos, de sus estructuras y de sus límites.

En otras palabras, la teoría feminista no puede considerarse correctamente como un discurso *competidor* o rival, que diverge de los textos patriarcales en lo que cuenta como verdadero. No es un discurso verdadero, ni tampoco sólo un informe objetivo o científico. Sería adecuado considerarla, más bien, como una *estrategia*, una intervención local, específica, concreta, con objetivos y metas políticas definidas, aunque sean provisionales. En la década de 1980, la teoría feminista ya no parece buscar la categoría de verdad inalterable, transhistórica y transgeográfica en sus hipótesis y propuestas. Más bien busca formas efectivas de intervenir en sistemas de poder con el fin de subvertirlos y sustituirlos con otros preferibles. La estrategia implica un reconocimiento de la situación actual, tanto en sus rasgos estructurales generales (alineaciones macrolíticas de poder), como en sus formas regionales, detalladas, específicas (inversiones microlíticas de poder). Necesita conocer los espacios y estrategias de sus adversarios para minar sus posiciones dentro de un sistema global. Así, debe estar consciente de los tipos de estrategia o tácticas utilizadas y desplegadas por los discursos falocéntricos, para buscar los puntos vulnerables. En suma, todas las formas de estrategia implican reconocer lo que *es* para seguir hacia lo que *debe ser*. La estrategia siempre implica metas a corto plazo, que se consideran necesarias para lograr los ideales a más largo plazo que, a su vez, pueden modificarse y transformarse durante los procesos de lucha. Como una forma de estrategia, la teoría feminista necesita usar los medios que estén disponibles, sean o no "patriarcales". Los hallazgos, herramientas teóricas y conceptos falocéntricos se evalúan en

términos de su utilidad, su funcionamiento en contextos específicos, más que en términos de una pureza ideal pero imposible. En tanto que estrategia, necesariamente está implicada en los sistemas que pretende desafiar. Parece ingenuo aspirar a una pureza teórica, una posición "inmaculada" por las infracciones patriarcales, es decir, formas de separatismo teórico en que se rechacen los términos y las prácticas patriarcales. No son capaces de luchar contra los términos patriarcales que regresan y los acosan, para así avanzar. Para desafiar los modelos patriarcales y superarlos, las feministas deben ser capaces de utilizar todos los medios que tengan a la mano, incluidos los de los sistemas mismos que desafían.

La teoría feminista, como una serie de intervenciones estratégicas en los textos patriarcales, no intenta simplemente revelar en qué son "incorrectas" o falsas las teorías patriarcales, ni remplazar una "verdad" con otra. Su objetivo es hacer que los sistemas, métodos y presuposiciones patriarcales no puedan funcionar, no puedan retener su dominio y su poder. Su objetivo es aclarar cómo ha sido posible ese dominio, y hacer que ya no sea viable. Dado que la teoría feminista carece de los medios para confrontar directamente un complejo régimen teórico patriarcal creando alternativas, las feministas han tenido que recurrir a formas de guerrilla intelectual, dando golpes en los puntos de mayor debilidad del patriarcado, en sus puntos ciegos (ver Irigaray, 1985a: parte I). Las bases y el terreno en que el patriarcado desarrolla sus argumentos revelan su posición parcial y partidaria en lugar de una universal o representativa. No es probable que los sistemas intelectuales patriarcales permitan que tales intentos de subversión política procedan sin ser cuestionados. De hecho, queda claro que los discursos tradicionales y las posiciones que apoyan han desarrollado una serie de estrategias y respuestas tácticas a las incursiones del feminismo y, en particular, de las mujeres en sus campos de operación. Estas abarcan desde tácticas más o menos personales y mezquinas hasta amenazas más serias y de mayor alcance, desde el ridículo, la ignorancia y el estereotipo personales hasta formas de contraataque, que incluyen la tergiversación intencional, negar el acceso a una categoría y/o una subsistencia profesional o provocar que se absorba o neutralice el trabajo. Estos contraataques de ninguna manera son mutuamente excluyentes y se ejercen con mayor o menor fuerza, de acuerdo con el grado de amenaza

que planteen las teorías y objeciones feministas. Sin un mínimo de conciencia de la extensión y ferocidad de estos contraataques, el feminismo podría ser incapaz de efectuar las subversiones diversas que intenta. No es necesario que esté comprometido con discursos patriarcales y sus valores, pero si no los comprenden en detalle, las feministas serán incapaces de superarlos.

En resumen, la teoría feminista incluye, en primer lugar, un reconocimiento de las formas abiertas y ocultas de la misoginia en que participan los discursos. Esto significa desarrollar la capacidad para reconocer qué hace que estos discursos sean patriarcales, incluidos sus pronunciamientos explícitos acerca de los hombres y las mujeres, y sus valores respectivos, así como la capacidad de entender cómo estas teorías dividen al mundo de acuerdo con intereses masculinos. En segundo lugar, implica una capacidad para reconocer los discursos patriarcales en términos de sus ausencias, huecos, lagunas, en torno al asunto de la mujer y lo femenino, y entender cómo funcionan estos silencios para estructurar y posibilitar los discursos patriarcales. En tercer lugar, la teoría feminista debe ser capaz de articular la función que cumplen estos silencios y representaciones masculinistas en la supresión de la feminidad, y de afirmar la posibilidad de otras perspectivas distintas, para que los textos patriarcales no puedan reafirmar su hegemonía. Y en cuarto lugar, debe desarrollar métodos viables para remplazar sistemas falocéntricos de representación, aunque esto signifique apoyarse en métodos patriarcales y usarlos como punto de partida para nuevas direcciones en la investigación teórica. Con su sola existencia, tales formas de teoría feminista demuestran que los discursos patriarcales *no* son modelos neutrales, universales o incuestionables, sino que son el efecto de las posiciones (políticas) específicas ocupadas por los hombres.

Sobre la base de los ensayos recogidos en este libro y las obras de muchas otras feministas sobre teoría política y social (ver bibliografía), la teoría feminista puede ubicarse provisionalmente entre el proyecto negativo antisexista y un proyecto más positivo, especulativo. Es el rechazo de muchos valores, conceptos y operaciones centrales necesarios para el funcionamiento de la teoría patriarcal, y una afirmación de las alternativas a estas formas determinadas de discurso. Entre los conceptos y valores centrales cuestionados por la

teoría feminista hay un haz de suposiciones que comparte la mayoría de las ciencias sociales, si no todas. En especial, ha cuestionado seriamente la adherencia patriarcal a los siguientes compromisos teóricos:

1. Compromiso con un concepto de verdad singular o universal y métodos para verificar (o falsificar) la verdad. Pocas teorías que aspiran a la categoría de objetividad científica y verdad, entendida de manera convencional, aceptan su propia historicidad y los efectos que el contexto, el ambiente y circunstancias particulares tienen en la producción y evaluación de la teoría. En especial, tales aspiraciones teóricas no reconocen los costos (silencios, exclusiones e invalidaciones) en los que se fundan: al buscar la categoría de verdad, buscan una posición más allá de la historia y fuera del poder.

2. Sus compromisos con la objetividad, la neutralidad del observador y la independencia del contexto como valores teóricos no cuestionados. Estos están estrechamente ligados con la sobrevaloración de la ciencia y la verdad como modelos para el conocimiento. La objetividad se considera como una manera de lograr que observadores o experimentadores sean intercambiables o sustituibles, como un freno contra el prejuicio individual. Este ideal de lo intercambiable se basa en la suposición de una semejanza de punto de vista y posición entre observadores, quienes deben estar "adecuadamente entrenados". Tal suposición es necesariamente ciega frente a las distintas posiciones estructurales que ocupan hombres y mujeres, sus distintos grados de acceso a un entrenamiento adecuado, y su relación (posiblemente) diferente con sus disciplinas. La supuesta neutralidad y universalidad de muchos discursos patriarcales en las ciencias sociales, pues, es ciega al sexo, es decir, incapaz de reconocer las diferentes posiciones sociales de hombres y mujeres al suponer que hay un sujeto neutral, intercambiable.

3. El compromiso con un sujeto universal de conocimiento, un sujeto que se supone tiene ciertas características y rasgos: la capacidad de separarse de sentimientos, emociones, pasiones, intereses y motivos personales, factores socioeconómicos y políticos, el pasado, las aspiraciones para el futuro, etc. Este sujeto de conocimiento es capaz de lograr una distancia respecto del objeto conocido, de modo que puede reflexionar acerca de él. Sin embargo, es un sujeto incapaz de aceptar sus propios límites, su materialidad e historicidad,

su inmersión en valores socioeconómicos y políticos. Se concibe al sujeto sin cuerpo, como un sujeto racional sexualmente indiferente, una mente no ubicada en el espacio, el tiempo o interrelaciones constitutivas con otros (¡característica que normalmente sólo se atribuye a los ángeles!, cf. Irigaray, 1984).

4. El compromiso con una verdad fija y estática, una realidad dada e inmutable, un conocimiento garantizado del Ser y el acceso a la Razón. Una visión ahistórica como ésta no puede dar cuenta de la variabilidad y la naturaleza histórica de lo que se considera como verdadero, salvo en términos de un acceso cada vez mayor a la verdad y a su conocimiento, es decir, salvo en términos de que las visiones históricas sean visiones *falsas*. Se niega a endosar la posibilidad de una “política de la verdad”, de invertir políticamente en la verdad (cf. Foucault, 1976; 1978). La verdad, como correspondencia o reflejo verídico de la realidad, es un conocimiento *sin perspectiva*, un conocimiento sin un punto de vista o, lo que es lo mismo, una verdad que se atribuye una perspectiva universal.

5. El compromiso con el carácter intertraducible de conceptos, términos, verdades, proposiciones y discursos. Encarnado en forma de proposición, el conocimiento no se considera dependiente de sus modos particulares de formulación, sino en los pensamientos subyacentes que supuestamente expresa. La lengua se considera un vehículo para la comunicación de pensamientos o ideas preexistentes. Se le ve sólo como un medio, una herramienta prescindible para la transmisión del pensamiento, en lugar de verse como la condición necesaria del pensamiento. Al negar la materialidad de la lengua, los discursos predominantes pueden evitar reconocer su dependencia y deuda con los tropos, las figuras retóricas, imágenes, metáforas, etc. que evocan lo femenino, las mujeres o la maternidad. Los discursos patriarcales ignoran la complicidad de los sistemas discursivos con estructuras sociales opresoras, y la dependencia de discursos de posiciones específicas establecidas por modos específicos de la lengua.

Desde luego hay muchos rasgos positivos —que pueden bosquejarse de manera general—, que no se excluyen de antemano de los distintos esfuerzos de las mujeres por la autodeterminación. Entre ellos están:

1. Compromisos intelectuales no con la verdad, la objetividad y la neutralidad sino con posiciones teóricas abiertamente reconoci-

das como específicas de un observador o un contexto. En lugar de negar sus condiciones y límites espaciotemporales, la teoría feminista los acepta y afirma, dado que son su razón de ser. Al igual que Nietzsche, esta teoría parece dispuesta a aceptar su propio perspectivismo, su posición específica de enunciación, el estar escrita desde un punto de vista particular, con objetivos y metas específicos.

2. Al aceptar sus condiciones de producción, la teoría feminista parece dispuesta a cuestionar el valor de los criterios de objetividad y cientificidad aceptados de manera tan rígida e imperial por las ortodoxias intelectuales. Sin embargo, esto no es una aceptación de un "prejuicio subjetivo". Se cuestiona la distinción misma entre lo objetivo (conocimiento) y lo subjetivo (opinión). Las feministas parecen dispuestas a aceptar que el conocedor siempre ocupa una posición en lo espacial, lo temporal, lo sexual y lo político. Éste es un corolario de su perspectivismo. No es ni subjetivo ni objetivo, ni absoluto ni relativo. Estas alternativas, ante todo, no pueden explicar las inversiones productivas de poder en la producción de conocimientos. No obstante, esto no significa que la teoría feminista no utilice ningún criterio de evaluación o autorreflexión. Más bien, sus normas de juicio se desarrollan a partir de efectos y funciones compartidos, *intersubjetivos*; y en términos de las funciones *intertextuales* de un discurso, de su capacidad para minar o afirmar diversos sistemas y estructuras dominantes.

3. En lugar de suponer un espacio o brecha entre el sujeto racional conocedor y el objeto conocido, la teoría feminista reconoce la contigüidad entre ellos. Las visiones predominantes del sujeto racional postulan un sujeto separado artificial y arbitrariamente de su contexto. Esto crea la distancia necesaria para su separación de las emociones, pasiones, interferencias corporales, relaciones con otros y el mundo sociopolítico. La teoría feminista parece abiertamente dispuesta a aceptar las interrelaciones constitutivas del sujeto, su posición social y su relación con el objeto. Para las feministas (en la medida en que sostienen esa idea) el sujeto racional *no* está libre de intereses personales, sociales y políticos, sino que necesariamente está implicado en ellos. Se considera que las teorías son sexualizadas, que ocupan una posición en relación con las calidades y valores asociados con ambos sexos, o los atributos de masculinidad y feminidad. Pero decir que hay una sexualización de los discursos y co-

nocimientos no es igualar la posición del discurso con la de su autor o productor; no hay una correspondencia (directa) de lo femenino o los textos feministas con autoras mujeres, o de textos falocéntricos con autores hombres. La "posición" sexual del texto sólo puede discernirse contextualmente y en términos de la posición desde la que habla el sujeto hablante (el "yo" implícito o explícito del texto); el tipo de sujeto (implícitamente) supuesto como el sujeto (o público) *a quien se habla*, y el tipo de sujeto (u objeto) *de quien se habla*. Al igual que la gama diversa de sujetos situados en todo texto, la posición del texto también depende del *tipo de relaciones* afirmado entre estos distintos sujetos (cf. Benveniste, 1961: caps. 19-20). En el caso de la teoría feminista, el sujeto, el objeto y el público no están divididos de manera dicotómica en categorías mutuamente excluyentes y mutuamente exhaustivas (sujeto/objeto, conocedor-maestro/ ignorante-discípulo, profesor/alumno, yo/otro, etc., cf. Jay), sino que pueden definirse más bien en términos de continuidades y/o diferencias. El sujeto hablante, el sujeto a quien se habla y el sujeto de quien se habla pueden ser equivalentes; pero, en todo caso, hay una calidad constitutiva de interrelación supuesta entre los tres términos. Esto significa, por ejemplo y tomando un caso concreto, que los hombres no hablan con mayor objetividad acerca de la opresión de las mujeres, como afirmaron recientemente con gran sinceridad unos académicos masculinos. También los hombres están necesariamente implicados en la opresión de las mujeres y forman parte de ella. Desde luego, queda claro que sus relaciones con tal opresión deben ser muy diferentes de las que tienen las mujeres. En suma, se sirve a intereses particulares en toda posición teórica y en todo sistema textual o discursivo. Sin embargo, la política o "poder" del texto (cf. Foucault, 1972) no puede leerse automáticamente en lo que el texto *dice* abiertamente, sino con más frecuencia en *cómo* lo dice, qué se invoca y, así, qué se efectúa. Al contrario de los sistemas discursivos predominantes, la teoría feminista tiene el mérito de ser capaz no sólo de aceptar sino de afirmar activamente su(s) propia(s) posición(es) política(s) y sus aspiraciones, aceptar que, lejos de ser objetiva en el sentido de "desinteresada" o "inmotivada", está muy motivada por las metas y estrategias implicadas en crear una autonomía para las mujeres. Tal motivación o intención, sin embargo, no invalida la teoría feminista, sino que es su función reconocida, su razón de ser;

4. Dado que se niega a aceptar los valores de verdad predeterminados, la objetividad, la universalidad, la neutralidad y un razonamiento abstracto, la teoría feminista —junto con algunos teóricos hombres contemporáneos— no está comprometida con estos valores ni motivada por ellos. Se considera a sí misma en términos de una estrategia crítica y constructiva. No es ni abstracción, ni programa ni manual de acción, ni tampoco una forma distanciada de reflexión. Estas visiones, ante todo, implican una teoría fuera de la práctica o más allá de ella. Al cuestionar la conceptualización dicotómica de la relación entre teoría y práctica, la teoría feminista se considera como una “práctica teórica”: una práctica en el mismo nivel de la teoría, una práctica ligada aunque crítica respecto de las estructuras institucionales en los que suele ocurrir la producción de discursos teóricos, una práctica que implica escribir, leer, enseñar, aprender, evaluar y muchos otros rituales y procedimientos; también se considera como una “teoría práctica”: una teoría abiertamente considerada como parte de la práctica, una herramienta o táctica que cumple una función muy importante en el asalto subversivo, y con frecuencia peligroso, a un sitio particular del funcionamiento de las relaciones de poder patriarcales, a saber, la esfera del conocimiento, que proporciona racionalizaciones y justificaciones al patriarcado para su control cada vez mayor. La teoría feminista es una urdimbre de hebras que simultáneamente son teóricas y prácticas. Es un espacio donde es posible penetrar los discursos dominantes, los discursos subyugados, las voces hasta entonces silenciadas o excluidas (*cf.* Allen, Thiele), las formas de coerción y control así como las formas concertadas de resistencia, en sus relaciones mutuas. Es un umbral para la intervención de las teorías en prácticas concretas, y la reestructuración de la teoría por parte de los imperativos de la experiencia y la práctica, una especie de bisagra o puerta entre ambos campos. Al tener como objetivo la destrucción de la teoría misógina y sus suposiciones fundamentales y el establecimiento de una influencia positiva en las interacciones cotidianas y estructurales entre los sexos, no es ni un preludio para la práctica, ni una reflexión acerca de la práctica, porque es en sí una forma de práctica dentro de una región específica de las operaciones del patriarcado.

5. De manera semejante, la teoría feminista no puede concebirse en términos de las categorías de racionalidad o irracionalidad.

Por lo menos desde el siglo XVII, si no mucho antes, se ha entendido la razón en términos dicotómicos, o sea que se ha caracterizado por oposición y adquiere su coherencia interna sólo por la exclusión de los "otros" respecto de ella: las pasiones, el cuerpo, las emociones, la naturaleza, la fe, la materialidad, los sueños, la experiencia, la percepción, la locura o muchos otros términos (cf. Jay; Lloyd, 1984; Irigaray, 1984). Al cuestionar este modo binario de categorización, las feministas han demostrado que la razón es un concepto asociado con las normas y los valores de la masculinidad, y sus opuestos, sus "otros", con la feminidad. Hoy en día, la teoría feminista no se interesa simplemente en invertir el valor de lo racional y lo irracional o en afirmar lo que se ha subordinado dentro de la jerarquía, sino más significativamente, en cuestionar la estructura misma de las categorías binarias. En suma, la teoría feminista intenta transformar y extender el concepto de razón de modo que, en lugar de excluir conceptos como experiencia, cuerpo, historia, etc., éstos queden incluidos o reconocidos como necesarios para que funcione la razón. Al tomar las experiencias y vidas de mujeres como punto de partida para el desarrollo de la teoría, el feminismo intenta desarrollar alternativas al concepto rígido, jerárquico y excluyente de razón. Busca una racionalidad que no esté dividida de la experiencia, de la opresión, de la particularidad o especificidad; una razón, al contrario, que las incluya es una racionalidad que no está más allá o encima de la experiencia sino que se basa en ella.

6. Al desafiar el falocentrismo, la teoría feminista también debe desafiar la evasión de la historia y la materialidad tan marcada en las tradiciones teóricas occidentales. Al concebirse a sí misma como una actividad racional, privada, individual, y al luchar por la verdad y el conocimiento, o sea una actividad pura, intelectual, también debe negar su posición como producto histórico y político. Las tradiciones teóricas predominantes se niegan a aceptar su dependencia de la materialidad de la escritura, de las prácticas que tienen que ver con enseñar, producir, publicar y promover ciertos métodos, puntos de vista y representantes, y de las luchas por la autoridad y la dominación. En oposición a estos ideales teóricos predominantes, la teoría feminista reconoce abiertamente su propia materialidad como la materialidad de la lengua (en que la lengua se considera como un arma de lucha, dominación y resistencia política), del deseo (el de-

seo como la voluntad para lograr ciertos arreglos de “objetos” potencialmente satisfactorios: el deseo de una identidad, una sexualidad y un lugar reconocido en la cultura, que son los más claros e incuestionables entre las feministas) y del poder (el poder no sólo como una fuerza visible en los actos, sucesos y procesos dentro de la vida política y pública, sino también como una serie de alineaciones tácticas entre instituciones, conocimientos, prácticas que tienen que ver con el control y la supervisión de individuos y grupos) o, en términos más específicos, las alineaciones de la dominación socioeconómica masculina con las formas de aprendizaje, entrenamiento, conocimiento y teoría.

7. Al rechazar los modelos principales de indagación intelectual (entre ellos, los requisitos de la lógica formal, la estructuración de conceptos según estructuras opositivas binarias, el uso de la gramática y la sintaxis para crear modos de articulación singulares, claros, no ambiguos, precisos, y muchos otros valores textuales supuestos), y su aceptación de la idea de su materialidad como teoría, la teoría feminista se ha involucrado en exploraciones y experimentación continuas de nuevas formas de escritura, nuevos métodos de análisis, nuevas posiciones de enunciación, nuevos tipos de discurso.

Ningún método, forma de escritura, posición del habla o modo de argumento puede fungir como representante, modelo o ideal de la teoría feminista. En lugar de tratar de establecer una nueva norma teórica, la teoría feminista busca un nuevo *espacio discursivo*, un espacio en que las mujeres puedan escribir, leer y pensar *en tanto que mujeres*. Este espacio fomentará una proliferación de voces, en lugar de estructurarlas en una jerarquía, una pluralidad de perspectivas e intereses en lugar del monopolio del uno: nuevos tipos de preguntas y distintos tipos de respuesta. No se privilegiaría una sola forma como *la* verdad, la interpretación correcta, el método correcto; más bien, los conocimientos, métodos e interpretaciones pueden juzgarse y utilizarse de acuerdo con su adecuación a un contexto dado, una estrategia específica y efectos determinados.

La teoría feminista es capaz de ubicarse en lo histórico, lo material, lo enunciativo y lo político en relación con las estructuras patriarcales. Durante su desarrollo en los últimos veinticinco años, esta teoría ha surgido como una capacidad para considerar a las mujeres de maneras nuevas, hasta ahora no exploradas, al negarse a

reducir y explicar la especificidad de las mujeres en términos inherentemente masculinos; ha desarrollado la capacidad para considerar cualquier objeto desde el punto de vista de las perspectivas y los intereses de las mujeres, de entender y superar el falocentrismo desarrollando distintos tipos de teoría y práctica. Esta descripción puede sonar como una versión idealizada y utópica de lo que debería incluir una práctica teórica consciente y políticamente comprometida, activa e informada. Tal vez. Todavía no está claro cuánto han recorrido los discursos feministas en este sendero utópico. Pero, como lo atestiguan los ensayos aquí publicados, la teoría feminista está en el proceso de revalorar la herencia teórica que necesita reemplazar para proclamar un futuro propio. Este futuro puede iniciar una nueva época teórica, capaz de aceptar todas las implicaciones de reconocer las diferencias sexuales. En el futuro, la teoría se consideraría como una producción sexual, textual, política e histórica. Aun cuando esto pueda amenazar a quienes se adhieren a los valores del falocentrismo, puede abrir espacios, fuentes y herramientas hasta ahora no imaginados para la exploración teórica. Una feminidad autónoma puede introducir, por primera vez en nuestra historia registrada, la posibilidad del diálogo con una "voz ajena", la voz de la mujer.

La diferencia sexual constituiría el horizonte de los mundos de una fecundidad aún desconocida ... La fecundidad del nacimiento y la regeneración para los compañeros en el amor, pero aun así la producción de una nueva época de pensamiento, arte, poesía, lengua ... La creación de una nueva *poiesis* (Irigaray, 1984:1).

Traducción: **Mónica Mansour**

Bibliografía

- Allen, J. (1982) 'Octavius Beale Re-considered: Infanticide, Babyfarming and Abortion in New South Wales 1880-1939' en Sydney Labour History Group (ed.), *What Rough Beast?: The State and Social Order in Australian History*, Sydney: Allen & Unwin.
- Allen, J. (1982) 'Marxism and the Man Question: Some Implications of the Patriarchy Debate' en J. Allen y P. Patton (eds), *Beyond Marxism*, Sydney: Intervention Publications, pp. 99-102.
- Allen, J. (1984) 'The Making of a Prostitute Proletariat in Twentieth Century New South Wales' in Daniels (ed.), *So Much Hard Work*.
- Allen, J. (1986) 'Evidence and Silence: Feminism and the Limits of History', en Pateman, Carole y Gross, Elizabeth, *Feminist Challenges. Social and Political Theory*, Northeastern University.
- Benveniste, E. (1961) *Problems in General Linguistics*, Miami: University of Miami Press.
- Finn, G. y A. Miles (eds) (1982) *Feminism in Canada: From Pressure to Politics*, Montreal: Black Rose Books.
- Foucault, M. (1972) *The Archaeology of Knowledge*, New York: Harper and Row.
- Foucault, M. (1976) *Discipline and Punish*, New York: Pantheon Books.
- Foucault, M. (1976) *L'Histoire de la sexualité*, vol. 1, Paris: Gallimard.
- Foucault, M. (1978) *The History of Sexuality*, vol. 1, New York: Pantheon Books.
- Gatens, Moira, (1983) 'A Critic of the Sex/Gender Distinction' en J. Allen y P. Patton (eds) *Beyond Marxism? Interventions After Marx*, Sidney: Intervention Publications, pp. 143-66.
- Gatens, Moira, (1986) 'Feminism, Philosophy and Riddles Without Answers' en Pateman, Carole y Gross, Elizabeth, *Feminist Challenges. Social and Political Theory*, Northeastern University.
- Harding, S. y M. Hintikka (1983) *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science*, New York: Reidel.
- Irigaray, L. (1984) *L'Ethique de la différence sexuelle*, Paris: Minuit.
- Irigaray, L. (1985) *Speculum of the Order Woman*, Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Jay, N. (1981) 'Gender and Dichotomy', *Feminism Studies* 7, 1, pp. 38-56.

- Lloyd, Genevive (1984) *The Man of Reason: 'Male' and 'Female' in Western Philosophy*, London: Methuen.
- Lloyd, Genevive (1986) 'Selfhood, War and Masculinity' en Pateman, Carole y Gross, Elizabeth, *Feminist Challenges. Social and Political Theory*, Northeastern University.
- Thiele, Beverly (1986) 'Vanishing Acts in Social and Political Thought: Tricks of the Trade', en Pateman, Carole y Gross, Elizabeth, *Feminist Challenges. Social and Political Theory*, Northeastern University.
- Thompson, Janna (1986) 'Women and Political Rationality' en Pateman, Carole y Gross, Elizabeth, *Feminist Challenges. Social and Political Theory*, Northeastern University.
- Thornton, Merle (1986) 'Sex Equality Is Not Enough for Feminism' en Pateman, Carole y Gross, Elizabeth, *Feminist Challenges. Social and Political Theory*, Northeastern University.